

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

LA MUJER CEREBRO

Las ocho y media de la mañana. Apenas termina la misa, mi criado se acerca.

—Hay cinco personas...; y dos tienen gran prisa.

Tomo mi «thermos», mi servilleta... y mi valor, y subo al despacho:

—Me permiten ustedes, ¿no es verdad? tomar una pobre taza de té...

Surge una señora pequeña, amable, pero avinagrada:

—Es que tengo mucha prisa... Además sólo he de decirle una palabra...

(Ya sé en qué suele parar a veces una sola palabra.)

—¿Entonces?

—Muy bien, puedo hablarle, mientras toma usted su desayuno.

—¡.....!

Miro los otros cuantos pacientes... Hay un buen viejo que viene a pedirme cinco francos... un parroquiano que me trae su cuota para el culto... la madre de un niño del Catecismo...; la quinta, es una graciosa jovencita de dieciocho años; la niña está abismada en un libro de mecánica; veo gráficos impresionables.

Es muy extraño el contraste que ofrece aquella cabecita de pájaro, inclinada sobre los bárbaros cosacos. ¡Parece que Dios la hizo para otra cosa!

He bebido mi té, con el estómago contraído por el flujo de palabras con que me inunda la señora pequeña e impaciente, que me pida la luna.

Mis ojos miran el reloj; ¡las nueve menos cinco!... Sólo una palabra que decirme.

Las otras tres personas desfilan rápidamente... después la jovencita.

—Gracias a Dios, señorita... ¡Realmente no pierde usted el tiempo!...

—¡Nunca! Me estaba «empollando» la Trigonometría.

—¿Y le interesa a usted mucho eso?

—¡Es muy interesante!

—¡Oh, no exagere usted!

—No exagero... La joven moderna ya no quiere soñar... Quiere pruebas...

—¡Nada más que pruebas!...

—Estoy preparando mi licenciatura en Ciencias y es para mí una alegría inmensa sentir, por fin, el terreno firme bajo mis pies. Todo lo que no se prueba, me deja fría... Y todas mis amigas son como yo... precisas, positivas, prácticas... dos y dos son cuatro...

—...Y cuatro son ocho... ¡delicioso!...

...Usted habla, exactamente como un «nuevo rico»...

—No entiendo eso...

—Pues se lo voy a explicar: los que han nacido en un castillo y lo han habitado siempre, no están hipnotizados por él... Pero el «nuevo rico» que acaba de adquirirlo, quiere palparlo continuamente...

—¡Es curioso!... ¡y no obstante usted estudia Trigonometría!... El hombre siempre se ocupó en la ciencia; por esto se aplica a ella con un cerebro tranquilo y reposado, conoce el valor de esa ciencia, pero también su vanidad, su amargor y su posible bancarrota. Ustedes, señoritas, se incorporaron ayer a la ciencia, y ésta las deslumbra; hablan de ella como neófitos, como principiantes.

La jovencita se incomodó.

—¿Supongo que no va usted hablar mal de la ciencia?

—No, por cierto. Yo pienso bien de ella con *tal* que permanezca en su puesto. Pero confiese usted que muchos crímenes se cometen en nombre suyo. Ayer mismo, los enfermos de un hospital firmaron una protesta a causa de los aullidos de unos pobres a quienes los médicos, antes de disecarlos, dejan morir de hambre, para ver si es cierto eso de la huelga del hambre.

—¡Un detalle insignificante!...

—¡Evidentemente! Pero, en nombre de la ciencia, desde un siglo, se viene haciendo a la religión una guerra sin cuartel...

La damisela se irguió sobre sus talones.

—¡Sí, pero los resultados!...

—¿Cuáles?... ¿Ha muerto la reli-

gión?... ¿Se ha vuelto la guerra mas humana? ¿Hay menos robos? ¿Somos más felices? ¿Se vive más tiempo?... Un pueblo pintoresco, ¿se vuelve más hermoso y más moral cuando se levanta una fábrica en sus praderas? Trato bastante a médicos de fama, y puedo decirle que no hablan gran cosa, en la intimidad, del progreso de la medicina...

Como la joven no tenía más que dieciocho años, y yo no quería dejarla partir bajo una mala impresión, adopté un tono paternal.

—No niego yo las dificultades de la hora presente, pero también puedo deplorarlas. Particularmente a ustedes querida niña, ¿les favorece la ciencia? ¿aumenta esa poesía?... ¿Su interior estará mejor guardado? ¿hará usted mejor su cocina porque sea licenciada en Ciencias?...

—¡Oh, mi cocina!

—¿Y sus hijos?...

—¡Mis hijos! si se imaginará usted que tendré tiempo para criar monigotes!...

—Pues, entonces, esta respuesta sola la juzga. Porque, si yo no me engaño, la mujer es mujer, principalmente, para ser madre... cualquier doctrina que arranca a la mujer de este deber es antisocial. Los hombres, todos los hombres, en rigor pueden hacer Trigonometría, pero aquella función nobilísima está reservada a la mujer. Esto, por consiguiente, atañe a ustedes primero.

Y además, querida niña, déjeme usted añadir esto: el hombre, y menos todavía la mujer, no vive solamente por su cerebro. Se vive, también y sobre todo, por el corazón, de donde vienen los grandes pensamientos.

... Cuando yo estuve en el Seminario, me hice un *vade mecum* de discusiones: «Si me atacan por ese punto... he aquí la respuesta...»

—¡Comprendo a dónde va usted!

—¿Comprende usted eso...? Pues bien, señorita, ¡nunca me he servido de ese *vade mecum*! Creo tener hoy una fe más grande todavía que la de mi juventud, y procuro comunicarla a los demás; pero por motivos sacados de la persona humana «total», y no solamente del cerebro... ¡Ya verá usted cuando haya vivido un poco!... Cerebro contra cerebro, es eternizar las

batallas... Se busca el último argumento, y nada más. Solamente el corazón persuade el corazón, y es ésta una verdad, que ustedes, señoritas..., ustedes poesía, ustedes primavera, debieran comprender más que otros.

—¡Nosotras hemos cambiado todo eso!

—¡Ay!...

Nos miramos los dos.

—Pero, vamos a ver, señorita, ¿por qué ha venido usted a verme tan de mañana?

—¡Oh, ya me acuerdo... esas teorías tuyas...

—...que no son de ningún modo mías...

—Usted me ha hecho pensar...

—¡No podía usted decirme cosas mejores!

Un momento, creí ver algunas lágrimas, que no hubieran sido, precisamente, matemáticas...

Y me pareció que recogía su Trigonometría y su Mecánica con bastante menos entusiasmo que antes.

¡Quién sabe! Tal vez no he perdido del todo la mañana.

PIERRE L'ERMITE.

¿COBARDE...?

I

El orgulloso duque de Artois residía en su viejo castillo medieval, que se alzaba magnífico sobre una colina próxima al mar, solo casi siempre con su servidumbre, acompañado a veces por alguno de sus sobrinos y siempre por sus tristes recuerdos de la esposa amada, muerta en la flor de la juventud, al venir al mundo el hijo tan deseado, el primogénito que había de heredar títulos y riquezas. Y el tierno niño, a pesar de los desvelos de su amantísimo padre, no tardó en volar al Cielo, como si deseoso estuviera de gozar del maternal cariño.

Algunos años después contrajo segundas nupcias el duque, en su legítimo anhelo de lograr un heredero que reverdecer hiciera los laureles obtenidos por sus anteposados y por él en las armas y las ciencias.

Pero la segunda mujer, dulce, bonita, buena, si bien le hizo feliz colmándole de cuidados y ternura, disimulando con la sonrisa en los labios sus genialidades y esforzándose por adivinarle los deseos, no le dió el hijo tan deseado y extinguióse dulcemente, sin agonía, después de breve dolencia, con el Crucifijo entre las manos y la Hostia Santa en el corazón, Murió plácidamente, ocultamente, como había vivido, sin dar apenas molestias ni aun inquietudes, pues los médicos no consideraban grave su dolencia.

Había sido siempre una modesta violeta, sencilla, desconocedora de sus propios méritos, y el viejo castillo quedó, al desaparecer ella, embalsamado con el suave aroma de sus virtudes ocultas.

El duque no quiso contraer nuevas nupcias y resignóse a quedar sin sucesión, poniendo sus esperanzas y su cariño en sus sobrinos, en José sobre todo, su predilecto, hijo único de su hermano más querido.

—Vamos, mi querido sobrino, ya tienes edad de pensar en elegir carrera. ¿Qué te gustaría ser, hijo mío? Yo quisiera, y tu padre también, que fueses militar como yo; pero no pensamos forzar tu voluntad. Si tú prefieres otra, ingeniero, médico, abogado, dilo con franqueza.

Hablaba el mariscal en el gran salón, donde alineados en las paredes se veían los retratos de todos sus antepasados, vestidos en su mayoría de uniforme, con anchas bandas que les cruzaban el pecho y áureas condecoraciones honrándolo y diciendo en su mudo lenguaje elocuente del valor, del heroísmo de aquellos nobles caballeros que enaltecieron a la Francia defendiendo su bandera en los campos de batalla, sucumbiendo algunos en la guillotina, en aras de su lealtad y amor al Rey, en la época luctuosa de la Revolución.

Mostrábase con el ademán el duque al adolescente José aquellos lienzos debidos al pincel de los más afamados pintores, como animándole a imitarlos.

El muchacho permaneció unos instantes pensativo, vaga la mirada y con el pensamiento acaso muy lejos de allí; luego, lentamente, pero en tono firme, comenzó a hablar:

—Querido y respetado tío mío —dijo—; no se me ocultaban los planes y deseos de usted y de mi padre sobre mi porvenir, y crea usted que lamento verme obligado a decirle que mis inclinaciones son otras muy diferentes.

Se detuvo un momento y prosiguió:

—No tengo vocación por la carrera militar; mi carácter pacífico no se avendría con la vida del campamento, con la guerra cruel, sobre todo.

—Bien, hijo mío, no te preocupes ni aflijas por ello; también eligiendo otra carrera puedes honrar y servir a la patria y ostentar con honor nuestro ilustre apellido sin mácula y el título que a ti reservo. Vamos, di sin temor qué carrera has elegido.

—Mi querido tío: desde mi niñez me siento inclinado al sacerdocio y mi único anhelo es ingresar cuanto antes en el Seminario.

El duque de Artois tenía la desgracia de ser incrédulo, admirador de los nefastos enciclopedistas que sembraron en Francia y en el mundo todo la semilla maldita del error.

Al oír la respuesta de su sobrino el duque palideció y quedó mudo de estupor y de ira por unos instantes; luego, señalando a José la puerta,

—Vete —le dijo con voz vibrante de indignación—; vete y no vuelvas jamás, mientras conserves esa absurda idea. ¡Tu carácter pacífico...! Di mejor tu cobardía; eres un cobarde indigno de llevar mi apellido. Si te haces cura, serás el oprobio de nuestra raza, yo te maldeciré, borrando tu nombre del ár-

bol genealógico, y a mi muerte no heredarás, por lo tanto, ni mi título, ni mi fortuna.

—Tío mío, perdón...; un sacerdote no necesita títulos ni riquezas para servir a Dios y ganarle almas.

—Deslenguado, ingrato, quitate de mi presencia; te odio, te detesto, ¡cobarde!...

José inclinóse con respeto, aunque encendido el rostro, ante el enojado aristócrata, y abandonó el salón.

El padre de José, católico práctico por dicha suya, no se opuso a los deseos de su hijo cuando él le refirió la violenta escena del castillo; por el contrario, consideróse muy honrado y feliz porque el Señor elegía un ministro en su hogar.

Y José ingresó, gozoso, en el Seminario, cursando con gran aplicación la carrera y siendo de día en día más piadoso y perfecto.

Entre tanto, el duque de Artois había roto con su hermano tan querido.

II

Una guerra cruel conmovió a Francia.

El anciano mariscal, redordando sus lejanas heroicidades, pidió y obtuvo ir al frente a mandar el último regimiento que tuvo a sus órdenes y, al verse ante sus soldados, los arengó con entusiasmo sintiéndose rejuvenecido.

La lucha era horrible, desesperada; caían muchos hombres para no levantarse más, jóvenes en su mayoría cuyas vidas en flor se malograban en aquella guerra sin cuartel.

Y cada día se realizaban actos heroicos por aquellos valientes soldados que, por amor a la patria, estaban siempre dispuestos a ofrendarle sus vidas.

Varias veces había oído el mariscal citar en la Orden del día con elogio a un joven sacerdote que, arrojando con heroísmo las balas enemigas, retiraba en el fragor del combate a los heridos llevándolos sobre sus robustos hombros a lugar seguro, los curaba, prestábaseles consuelo y los auxilios de la Religión y, si morían, cerraba piadoso sus ojos musitando una oración, dándole luego cristiana sepultura.

Pero, como tratábase de un sacerdote, el incrédulo duque de Artois no prestó atención al nombre ni mucho menos tuvo deseos de conocerle para felicitarle y premiar su heroica abnegación, como hubiese hecho si fuera seglar.

Un día, una bala hirió en una pierna al valiente mariscal, que se desplomó de su caballo pesadamente, exhalando un gemido.

Al punto corrió a él un joven sacerdote, y, alzándole en sus brazos, se dispuso a retirarle del fuego enemigo. El herido se desmayó sin advertir que otra bala hería en un brazo al abnegado ministro del Señor, sin que el dolor cruel le arrancase un lamento.

Y, desangrándose, caminó apresurado con el anciano mariscal en brazos hasta que, vencido por los dolores y la pérdida de sangre, cayó al suelo desmayado sin soltar al herido.

.....
 Cuando en la cama del hospital de sangre recobró el duque de Artois el conocimiento, apresuróse a preguntar por su salvador.

—Es el santo y bravo sacerdote —le contestaron— tantas veces citado en la orden del día. También se halla herido.

—¿Si? ¡Cuánto lo siento!... ¿Y cómo se encuentra?

—Mal, muy mal; su herida no era grave, pero el esfuerzo realizado para ponerlo en salvo, a pesar de hallarse herido y la pérdida de sangre han puesto en peligro su vida.

—¡Cuánto lo lamento! ¿Cómo se llama?

—José de Alavigny.

El mariscal, al escuchar aquel nombre tan amado en otro tiempo, lanzó un grito y desmayóse de nuevo.

.....
 Apenas pudo el duque abandonar el lecho, pidió le llevaran junto al de su sobrino, que aún luchaba entre la vida y la muerte.

Apoiado en un bastón y en el brazo de uno de sus ayudantes, caminó lentamente, penosamente, hasta el pobre lecho donde su sobrino, muy demacrado y pálido, pero con el rostro sereno, padecía sin proferir una queja, y consolaba a cuantos acudían a él.

El duque de Artois, muy pálido y conmovido, se inclinó para besar su frente, y quitándose su más preciada condecoración, se la puso sobre el pecho, diciéndole con dulzura:

—Perdóname, hijo mío; tú has enaltecido más que nosotros, nuestro linaje.

No pudo decir más; lloraba como un niño.

.....
 Venció la robusta naturaleza del herido y pudo proseguir su heroico y abnegado ministerio, hasta que terminó la guerra.

Luego su tío le nombró capellán del castillo y sus exhortaciones y enseñanzas devolvieron su fe de niño al viejo mariscal, mientras ejercía un hermoso y fructífero apostolado entre los servidores del duque y los aldeanos de los vecinos pueblecillos.

Y el aristócrata lególe, al morir, casi todo su caudal, que el buen sacerdote empleó íntegro en enjugar lágrimas y aliviar muchas miserias.

MARÍA BERTA QUINTERO
 DE BALLESPIN.

.....
 A quienes nos han solicitado periódicos de propaganda para repartir gratuitamente en Parroquias y Catecismos, les advertimos que lo iremos realizando de acuerdo con las disponibilidades económicas y por turno de peticiones.

Oración del Agua

SONETO

Escúchame, Señor, estos clamores que cantan el poder de tu Grandeza; oye el himno triunfal que a tu Belleza te dedica el ardor de mis amores.

Esa espuma que ves de mil colores salpicar en las olas con presteza, es el beso de amor y de pureza al Dios del Mar, Señor de los Señores.

Y ese adormecedor, suave murmullo, es de las olas de mi afán arrullo; es de mi abismo singular halago.

Es el Credo que tengo desde el día en que orgullosa, yo te sostenía andando, sin hundirte, por el lago.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

A través de los Evangelios y en cuantas obras se han escrito sobre la vida de la Virgen María, observamos en esta extraordinaria mujer la normalidad en todos sus actos. Su vida no es la vida heroica de quien ha llenado una época con hechos extraordinarios, su vida es la vida del cumplimiento diario del deber, con esa sencillez de las almas grandes que cumplen su misión con la grandeza de los espíritus fuertes.

Encontraréis en su vida el dolor siete veces grande. La contemplaréis en los momentos históricos para su hijo en el sitio donde el deber y la obligación la llaman. No es la madre de un Dios en esos momentos, es la madre llena de amor maternal que solamente dentro de sí misma tiene conciencia de sus actos y de la gran misión que se le ha confiado.

Su deber es ser madre de un Dios y para serlo no ha sido más que madre y cumplir fielmente con lo que era su sagrada obligación.

Llora como madre las siete veces que la espada del dolor atraviesa su corazón. Su deber es velar por su hijo y llorar...

Ante el Angel que le anunció el gran acontecimiento no hizo más que inclinar sus ojos y exclamar:

—Yo soy una esclava del Señor; hágase en mí según tus palabras.

.....
 Todos no podemos ser generales en la gran batalla del mundo; pero sí ser soldados en ella.

Los grandes santos y los grandes héroes y mártires del cristianismo han pasado a la historia de los hechos humanos como ejemplos muy admirables. Pero ante Dios no son menos laudables el esfuerzo heroico diario y el sometimiento resignado y voluntarioso a las incómodas circunstancias que la vida nos va presentando de continuo.

Un día y otro hemos de luchar y trabajar para ganar el honrado sustento que alimenta nuestros cuerpos y los de nuestra

familia. Un día y otro hemos de dedicar toda nuestra preocupación a los trabajos necesarios de nuestras obligaciones. Todos los días igual. Pasan los años y nuestros esfuerzos diarios no encuentran la meta cómoda de nuestras aspiraciones. Las ilusiones y las esperanzas van desvaneciéndose con los años que pasan y sin embargo, continuamos resignados en el cumplimiento de nuestros deberes sin que ni un solo día olvidemos la plegaria a Dios...: «Hágase, Señor, tu voluntad».

Los hijos exigen una constante preocupación. Su vida llena y ocupa la nuestra. Ellos nos hacen gozar, pero muchas más veces las lágrimas enturbian nuestros ojos. Son los dolores del alma que sólo en la oración y en la fe encuentran un calmante y un freno a la desesperación que momentáneamente nos irrita.

El trabajo es duro. Año tras año igual. Sin que por él podamos conseguir algún día la cómoda y holgada organización de nuestra vida. No obstante, continuamos así siempre. Todos los días.

Mérito extraordinario tiene esta aceptación voluntaria de nuestras incomodidades y del diario cumplimiento del deber. No seremos héroes ante los hombres. Otros serán honrados públicamente porque sus méritos han sido reconocidos por la humanidad. Dios ve muy bien los méritos y circunstancias de cada uno y el homenaje de los hombres no es definitivo. También el oscuro trabajador y el celoso cumplidor de su deber tiene un homenaje reservado para el día que llegue ante el tribunal del justo juez de las vidas de los hombres.

Las batallas no se ganan con sólo generales. Los soldados son parte imprescindible y también ellos habrán de tener su premio cuando llegue el día de la verdadera justicia.

Mientras tanto cumplamos todos los días con el duro deber que se nos impone.

.....
 Y después de cumplida su misión en la tierra, María la madre de Dios, subió al cielo en el cual recibió el gran homenaje que su Hijo tenía reservado por el fiel cumplimiento de sus deberes.

R.

Comentando

El Zapato

Yo fui parte integrante de un hermoso becerro. Allí, yo me distinguía reluciente en sus cuartos traseros, riéndome de la ignorancia de todos, porque no sabían mis límites geográficos.

Todas las tardes salía cabalgando sobre mi becerro, que iba en compañía de su madre la vaca a merendar al campo. Yo me distraía viendo el verde paisaje. Lo malo era cuando mi cabalgadura se recostaba sobre mí. No sé lo que pesaba, pero pesaba mucho, y me asfixiaba entre la hierba.

Esta placidez duró muy pocos meses. Un día no sé qué trastada de las gordas hizo mi cabalgadura. Un severo tribunal se constituyó en nuestra cuadra. Fué su acusador el mismo amo del ternero. El juez, un ganadero chalán, gordote y zafio,

con su blusa de dril azulada con tenues rayitas blancas, toda plisada sobre su canesú (jarrea, y cómo estoy en costural) con su Vara de la Justicia terminada en punzante aguijón en la mano y su medio puro asegurado de incendios colgando de su boca, examinaba atentamente al bicho. Creían que estaba loco, sin duda, porque llamaron al veterinario que curaba a toda aquella familia.

El dictamen facultativo fué bueno. En su resultado, el dictamen judicial fué malo. Sea lo que sea lo hecho por el ternero, este estaba en el pleno dominio de sus facultades mentales, y fué condenado a muerte.

Su madre la vaca, solicitó el indulto, pero no fué atendida, y el sacrificio fué consumado. El mundo perdió uno de sus mejores terneros, y mi ternero perdió la mejor vida que tenía.

Sobre el león muerto todos pegan palos. No sé si esto será un refrán popular, pero es una verdad tremenda. Allí llovieron

valientes que descuartizaron y se repartieron sus carnes y desperdicios. Yo fui a dar a una fábrica de curtidos. Nunca llevé más palos que entonces. Los aguanté porque estaba indefenso. Cuando pueda defenderme juro que he de vengarme. Y creció este odio que hoy siento hacia los hombres.

De allí salí convertido en zapato. Soy del pie derecho, que no deja de ser una ventaja para mis propósitos, y soy del número cuarenta y tres, que aumenta mis condiciones vengativas.

Un escarapate de aldea fué el escenario donde me exhibieron y de donde me sacó un patán más bruto que Tiberio César. Con todos se pegaba y para todos podía. A juzgar por las constantes ganas que de pegar tenía, creo que mi patán debió de pasar más tiempo que yo en la fábrica de curtidos.

Nos juntamos el hambre con las ganas de comer. ¿Que él rabiaba con alguien, que rabiaba siempre? Yo me alzaba y me

sentía feliz al chocar violentamente, uniendo mis fuerzas a las del patán que me conducía, contra la parte más carnosa de nuestro enemigo.

Cogimos, mi dueño y yo, fama de matones. Por todas partes teníamos enemigos, y a ninguno temíamos. Sin embargo, yo recelaba de uno con cara de traidor. Y él precisamente fué nuestra perdición. Nos buscó, y como era fácil encontrarnos, nos encontró.

Se alzó el pie con más fuerzas que nunca, y llegó furioso a su destino. ¡¡Horror!! el sitio escogido de blanco, estaba forrado de hierro y clavos.

Ya que he caído yo, que los demás se libren de la caída. Desde el cajón de la basura en que ahora me encuentro esperando ser arrojado al fuego, medito y me doy cuenta de que yo iba envejeciendo sin saberlo, y de que a cada energía gastada en forma de puntapié, mi salud se debilitaba. Por eso pasó lo que pasó. El último golpe fué de peores consecuencias para mí que para la escogida víctima. Roto y descosido y maltrecho, vi alejarse a mi amo llevado en angarillas por cuatro hombres, y abandonándome cruelmente tirado en el arroyo. Una escoba compasiva y una paleta, me depositaron en la camilla, que era la carreta de un barredor, y hoy, estoy aquí esperando mi muerte, y con esta moraleja en los labios: No seáis vengativos, que al que al cielo escupe, en la cara le cae.

HERO.

Solución al jeroglífico n.º 29, por Morán:

«Sí, es relamido»



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen

VALENCIA

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Molnón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - GIJON - Telefon 1817

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 **GIJON**

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 **GIJON** Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 **GIJON** Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 **GIJON** Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRESTAMOS A INTERÉS MODICO